

Al cumplirse el primer centenario de *María* de Jorge Isaacs, la más leída de las novelas escritas en Hispanoamérica, su relectura sirve para precisar y situar con un juicio decantado y formado por el tiempo los valores literarios que pueda tener esta novela, considerada por muchos como la obra maestra de la escuela romántica sentimental en estas tierras de América. Ocasiones como los centenarios siempre son propicios para que los escritores apresurados, ocasionales, cívicos, den un pasajero hálito de vida a la obra o a la persona del conmemorado, creyendo rescatarlos de ese lector y juez implacable que es el tiempo.

No seré yo quien repita, una vez más, que al leer *María* nuevamente, de sus páginas que narran —entre la candidez de su relato y de sus diálogos— la elegía de un temprano amor interrumpido por la muerte, que su relectura restituye al efímero paraíso de la adolescencia. Cada quien tuvo una experiencia —y tiene una memoria— distinta de sus primeros años; volver al encuentro con el idilio de Efraín y María, sólo nos puede aportar lo que literariamente conserve de válido entre su artificialidad, su énfasis y sus excesos.

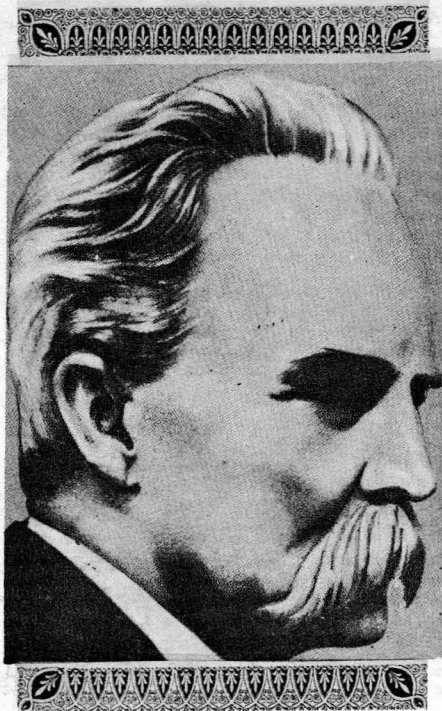
La literatura del siglo XIX en Hispanoamérica, era casi siempre prolongación de la escuela romántica europea. Por eso, los críticos al juzgar la obra del escritor colombiano se encaminan a rastrear las influencias que sobre él ejercieron célebres novelas francesas del género, como *Pablo y Virginia*, de Saint-Pierre, *Atala* de Chateaubriand y *Graziella*, de Lamartine, todas las cuales relatan amargas historias de amores truncos. Algunos de los exégetas de la obra de Jorge Isaacs, se han porfiado no sólo en hallar cierto paralelismo entre *María* y sus modelos europeos, sino en considerarla superior a éstas.

La novela de Isaacs encarna el romanticismo en América; en sus páginas rebosan más los vicios que las virtudes de esa escuela, la que en lengua española —con la salvable y tardía excepción de Bécquer—, sólo contó con simples glosadores y pastichistas. Pero *María* es el intento novelístico más aceptable de su tiempo a pesar de su copioso sentimentalismo. Gran parte de los materiales de la obra de Isaacs nos desaniman porque absolutamente nada nos pueden comunicar; no son las deficiencias en el tratamiento del tema o el empleo de ese tipo de técnica narrativa lo que nos hastía. Es la pérdida de ese “algo” que hacía vibrar de emoción al lector de hace años y que

junta de sombras

María

1867 - 1967



Jorge Isaacs

hoy carece de esa significación para sus lectores actuales.

El romanticismo de Isaacs es el de su época. Hay dentro de sus páginas sin complicación argumentativa un fresco candor saturado de exclamaciones ante la naturaleza, el amor y la muerte, que hoy nos suenan de una puerilidad atroz.

Las múltiples descripciones del paisaje rural del Valle del Cauca de Colombia, lugar donde transcurre la novela, corren muchas veces el peligro de quedar aisladas, dentro del contexto de la narración, como simples relatos regionales que atentán contra su unidad formal.

Jorge Isaacs, hijo de un judío inglés converso, antiguo plantador en Jamaica, y próspero terrateniente en el Valle del Cauca, como muchos otros escritores del siglo pasado, fue también político, revolucionario, militar, periodista, funcionario público, profesor, terrateniente, diplomático, poeta y ensayista. En todas esas actividades siempre tuvo como resultado unos frutos menos que mediocres que lo llevaron a terminar sus años en un humilde cargo de inspector escolar. A los 28 años, en junio de 1867, publicó *María* en Bogotá en edición de 800 ejemplares, nada corta para el lugar y la época. El éxito fue inmediato. Las ediciones se sucedie-

ron y su popularidad se generalizó por Latinoamérica.

Muchos de los glosadores de la obra, simplemente se han detenido en la epidérmica y vacía averiguación de la verdad autobiográfica del idilio entre Efraín y María; como la profusa y curiosa documentación reunida sobre este asunto por Enrique Anderson Imbert, en el cumplido estudio preliminar de la edición del Fondo de Cultura Económica (México, 1951). Allí trae pruebas y contrapruebas de la existencia de la prima israelita y de las circunstancias de su vida, su amor y su muerte. Y otra serie de conjeturas, como la que afirma que la inspiradora de *María* no salió nunca de Jamaica, desde donde habría tejido un platónico idilio epistolar con el pariente colombiano; o que estuvo efectivamente en el Cauca, pero murió poco después de llegar a la hacienda de los Isaacs. Y otras hipótesis parecidas de inútiles valores extraliterarios.

María es un libro exótico dentro del paisaje americano; en donde aparecen —como dice Luis Cardoza y Aragón— “los amplios y retóricos paisajes chateaubrianescos, con sus nubes de cartón, sus grandes árboles, sus selvas misteriosas, lluvias y truenos, tigres y esclavos negros, enormes ríos fuera de madre y el canto del ave negra, creada por el lirio de Boston, agorera y fatal. Hamlet entre las selvas de América, recitando el poema de Poe, con un cráneo en la mano, vestido de terciopelo negro, el espadín colgado de la cintura, tristemente. Camina nervioso y amargo, los cabellos sobre las sienes bañadas por la tormenta y el sudor de la fiebre, mientras por el cielo, Maldoror contempla el geométrico vuelo de las grullas.”

Si nuestros países no han logrado cambiar todavía radicalmente la sociedad que hizo posible la aparición de una novela como *María*, la pérdida de su vigencia no se debe a los lentos cambios de ese mundo, sino que radica en la poca capacidad de su autor para narrar una historia, crear personajes animados y tangibles dentro de una atmósfera, y sobre todo, la más alta pasión de una aspiración creadora, que le hubiera dado a su obra una verdadera universalidad.

Nuestra infancia literaria fue torpe y largamente imitativa con gestos casi siempre desacompañados. En todo ese vetusto caudal la actual literatura latinoamericana no atisba sus raíces ni su espejo. Afirmer lo contrario sería un dislate que no merece refutación.

—Alberto Hoyos

